

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

S.A.I. Catedral, 1 de Enero de 2019

Queridos hermanos:

Comenzamos el año nuevo honrando a la Virgen María en su oficio de ser Madre de Dios en cuanto madre de Jesús, el Hijo del Altísimo. Como todas las madres se desvivió por alimentar, custodiar y proteger a su hijo recién nacido con la ayuda de San José. Su misión de madre no fue fácil. Desde el primer momento la maternidad de María estuvo llena de complicaciones. La desconfianza de José hacia ella por un inexplicable embarazo. El parto fuera de casa y en circunstancias de gran incomodidad. La profecía de Simeón alertándola del sufrimiento que padecería en su corazón. El exilio en Egipto para proteger a su hijo recién nacido.

La Madre de Dios, a quien nosotros ahora veneramos como Reina de cielos y tierra, sufrió en su propia carne las contrariedades que sufren todavía hoy muchas madres que conciben a sus hijos en situaciones y circunstancias adversas; pero son valientes como María y prefieren seguir adelante con el embarazo que desembarazarse del hijo que llevan en su seno. María, al compartir los sufrimientos de todas las madres se solidarizó con toda madre que tiene la responsabilidad junto al padre de acoger la nueva vida, protegerla y procurar su desarrollo integral. Estas circunstancias de dolor y sufrimiento estoy seguro que desconcertaron a María y quizá la hayan hecho dudar si realmente ella era la Madre del Mesías, a pesar de lo que le había dicho el Ángel. ¡Cuántas veces se preguntaría en medio del dolor si realmente aquel Niño que llevó en su seno y que después dio a luz era verdaderamente Dios? Necesitaba una respuesta de confirmación como la que le había dado el Ángel cuando le preguntó: “¿Cómo será eso pues no conozco varón?” En este caso la respuesta que confirma su maternidad divina se la dieron los pastores, los Magos de Oriente, Simeón y Ana.

Los pastores le dicen a María lo que habían visto y oído en la aparición de los ángeles aquella noche cuando cuidaban sus rebaños: “Que el Niño nacido en la ciudad de David, envuelto en pañales y recostado en el pesebre, era el Salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2, 11) María escucha en silencio estas palabras y se alegra internamente porque confirman lo que el ángel le dijo. Los Magos de Oriente que llegan a Belén guiados por la estrella no dicen nada; pero María observa que se postran ante su Hijo adorándolo. Ella sabe muy bien que sólo a Dios se puede rendir culto de adoración. Ellos no le dijeron nada, solamente adoraron en silencio al Rey de los judíos. Simeón y Ana esperan en el Templo el día del Mesías. Al llegar la Virgen con el Niño Jesús, Simeón confirma que aquel Niño es el Salvador esperado a quien Dios presenta ante todos los pueblos como luz de las naciones. (Lc 2, 30-32).

María meditó y conservó en su corazón las palabras de los pastores, los gestos de los Magos de Oriente y las profecías de Simeón. María sacó su propia conclusión como ante el Ángel Gabriel y otra vez pronunció sin palabras su sí, aceptando la maternidad del Hijo de Dios. Esta profunda convicción de ser la madre del Hijo de Dios es la que le empuja a no abandonar nunca a Jesús ni

tampoco a los discípulos y apóstoles hasta que reciben el Espíritu Santo que les confirmará a ellos en la fe.

Contemplando y meditando a la Virgen María, la Iglesia tomó muy pronto conciencia de que, efectivamente, era la Madre del Hijo de Dios hecho hombre, el Mesías esperado, el Salvador del mundo. Así lo proclamaron los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo lo afirma en esta hermosa oración conservada en la liturgia bizantina: ¡Oh Hijo único y Verbo de Dios, siendo inmortal te has dignado por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios y siempre virgen María, sin mutación te has hecho hombre y has sido crucificado... (Tropario “O monoghenis” Catecismo de la Iglesia Católica nº 469). Así lo confirmó el Concilio de Éfeso cuando proclamó la maternidad divina de María. Así nos lo recordó el Concilio Vaticano II con estas palabras: “La Virgen María, que al anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la Vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor” (LG 53).

San Lorenzo de Brindis que tanto amó a la Santísima Virgen dice en el Sermón dedicado “Al Honor debido a la Madre de Dios” que “Todas las almas pías veneran y honran lo mejor que pueden a la Virgen María como a la dignísima Madre de Dios, tal como ella misma lo dice: “Todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lc 1, 48), no como a una verdadera diosa, según lo hacían los herejes coliridianos, contra los que escribió san Epifanio. Pues la Virgen no es Dios sino creatura de Dios, ella no es creadora sino creada” (San Lorenzo de Brindis, *Marial*, Sermón cuarto de la sección quinta, BAC p. 340)

Convencidos, pues, de que María es la Madre de Dios, confesemos y celebremos hoy con gozo y alegría nuestra fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. ¡Qué grande y adorable misterio contemplamos en María, Madre de Dios y madre nuestra!

Al comenzar este nuevo Año confiemos a toda la humanidad a la intercesión de la Virgen María, madre de todos los hombres. Pidámosle especialmente por la paz, la concordia y la unidad de nuestro país. Este año seremos convocados para elegir a nuestros representantes locales y regionales. Que esto no sea ocasión de crispación y de enfrentamiento entre los pueblos de España sino una oportunidad para buscar juntos la unidad, la paz, la concordia y el progreso de nuestro pueblo. Antes que los políticos, los ciudadanos somos los primeros artífices de la concordia y de la unidad de nuestros pueblos porque en nuestras manos está elegir aquellas personas que sabemos trabajarán responsablemente por el respeto a la vida y dignidad de las personas, la justicia social, el progreso y la paz.

Dios nos bendiga siempre y en todo momento.

† Juan Antonio, obispo de Astorga